

DÍA A DÍA

Los porfiados...

Había varios pacientes en la sala de espera. Pacientes y resignados esperábamos la llamada de los médicos. Yo sostenía en mi mano un sobre con el resultado de la resonancia magnética realizada a mi dolorida columna vertebral.

Un joven traumatólogo, especialista en esos males, me recibió con mirada auscultadora. Se sentó frente a su computador mientras yo le contaba que hace 26 años tuve TBC en la zona lumbar y que desde hace más de un mes soporto fuertes dolores de espalda. Ante su silencio, le pregunté si quería ver la resonancia mag... "No es necesario —me dijo—, la estoy viendo en pantalla". Luego me miró y me explicó que en una casa nueva todo funciona bien, las bisagras, las llaves del agua..., pero 80 años después se tapan



las cañerías, se oxidan las bisagras. En mi fuero interno, le agradecí la sutil manera de llamarme viejo. Para mostrarle que, no obstante, mi estado físico no era tan deplorable, le confesé que hacía ejercicios: me puse de pie y me doblé hasta tocar el suelo con mis manos.

"¡No! —exclamó desde su computador—, no lo haga más, tiene que eliminar esos ejercicios".

Me recetó el uso de una faja dorso-lumbar que —gentileza hipocrática— me mostró en su pantalla y, además, un vaso de agua con colágeno al día. Ya en la despedida, le pregunté cuándo tenía que volver a verlo. Escueto, el galeno me dijo tres palabras decidoras:

"Los porfiados... vuelven".

MENTESSANA